

Adiós a Bartlett

miguel ángel granados chapa

Por tratarse de un ex precandidato presidencial, conviene comenzar la obligada reflexión acerca de la renuncia del secretario de Educación Pública por un examen de su posición en el actual gobierno, y exponer las hipótesis que explican su remoción y el nombramiento del doctor Ernesto Zedillo como su reemplazante.

Primero exploremos la cuestión de si se trató de una renuncia o de un despido. Bien se recuerda que un antiguo secretario de Gobernación, Gilberto Valenzuela, dejó su cargo en 1927, explicando con rotundidad al Presidente Calles que los ministros no sólo se iban cuando el Presidente les perdía la confianza, sino también cuando un secretario pierde confianza en el Presidente. Ese fue, sin embargo, un caso insólito, que no se ha repetido demasiadas veces. No parece que eso ocurriera ahora. El hecho de que la Constitución ^{fuera} ~~se~~ reformada para permitir la enseñanza religiosa en las escuelas privadas difícilmente pudo haber incomodado al secretario Bartlett al punto de considerarlo inadmisibile: él mismo se educó con los maristas, en las instituciones llamadas México, y aproximó al trabajo público a un ex miembro de esa hermandad, el profesor Luis G. Benavides, que preside nada menos que el Consejo Nacional Técnico de la Educación. En tal sentido, la nueva legislación facilitaría a la tarea de Bartlett y no al contrario.

Pero no sólo por un desacuerdo pudo haber querido renunciar el secretario de Educación Pública, sino por incomodidad con su entorno político. No era un miembro del círculo más estrecho alrededor del Presidente Salinas. Pero no sólo era ajeno, sino que muchos de los integrantes de ese círculo vieron desde siempre con desconfianza y distancia. En su calidad de secretario de Gobernación en el gobierno anterior, fue un precandidato fuerte, que basaba parte de sus posibilidades para salir adelante en la rigurosidad de los programas económicos que el secretario de Programación y Presupuesto Carlos Salinas tenía la obligación de idear y aplicar. De allí que, dependientes ambos de la decisión del Presidente

De la Madrid, la suerte de sus respectivos ramos, ~~xxxxxxx~~ y la habilidad de cada quien para inclinar en su favor la voluntad presidencial los pusieron necesariamente en tensión.

Esta se conservó, sin embargo, dentro de límites manejables, y el secretario de Gobernación asimiló el golpe de no ser el escogido. Sin embargo, el desastre económico desatado apenas ocurrió el lanzamiento de Salinas, desencadenó fenómenos políticos inesperados, ~~que~~^{XXV} sobre los que el titular de Bucareli no pudo tener control. El extremo se produjo el ocho de julio, en que ante los primeros sorprendentes resultados, se anunció "la caída del sistema", infortunada expresión que le valió a Bartlett ser considerado por el salinismo más extremo como el culpable de los sobresaltos de la jornada electoral y ~~x~~ sus secuelas. No pocos salinistas llegaron a acusar, sin demasiada discreción, al responsable de las elecciones de haber contribuido deliberadamente a enturbiarlas. Esa no era por lo visto la opinión del propio Salinas, pues designó a Bartlett, sorprentemente, como encargado de la SEP.

La explicación de ese nombramiento nunca será suficientemente completa. El afecto y respeto, y aun gratitud que De la Madrid profesó a Bartlett, ~~así~~ aunque ~~sufrió~~ ^{fue} descascaraduras en el camino, probablemente condujo a que Salinas hiciera en la persona de Bartlett un gesto, entre varios, de simpatía a su antecesor. El Presidente quiso tal vez innovar en cuanto al tratamiento ofrecido por el sistema a los candidatos perdidosos, ya que todos, ~~XXXXXXX~~ ^{XXXXXX} recibieron ofertas de colocación y todos en algún momento la obtuvieron. Las perspectivas de compliación política que se avizoraban en la SEP? en fin, quizá demandaron de Salinas la decisión de nombrar un político avezado que enfrentara esas complicaciones, y lo encontró en Bartlett, que se convirtió en sobreviviente del anterior combate político que mayor rango alcanzó en la presente administración.

Era, sin embargo, un solitario, condición en la que es difícil participar en un gobierno. La caída del cacicazgo de Carlos Jonguitud, que afectaba directamente a su secretaría entrañó un proceso que no se planeó ni ejecutó en la SEP, aunque allí debieron cubrirse las ~~xx~~ consecuencias de ese paso. El programa de

modernización educativa, por otra parte, resultó insatisfactorio para no pocos sectores, entre ellos el sindicato magisterial, que si bien reconoció haber sido escuchado, no encontró en los modelos de desempeño y en la prueba operativa las mejores indicaciones de una superación de las ~~presente~~ ~~XXXXXXX~~ condiciones educativas. En torno de ese programa, el resto del gobierno pareció despreocupado, como aparecía también frente al problema de la descentralización, anunciado por el Presidente en su tercer informe, y para llevar adelante el cual se requería un fuerte apoyo político, que no se le brindó a Bartlett.

Lo más probable, sin embargo, es que el Presidente resolviera que el experimento con su antiguo colega y oponente, y ahora colaborador, llegara a su término, a la vista de las necesidades actuales del sistema educativo, y para ofrecer a Zedillo un escenario más amplio en el que despliegue las características que hasta ahora conocen el propio Presidente y un círculo estrecho, pero no han trascendido a la opinión pública.

Adiós a Bartlett

Jueves 29 de julio
1992

Miguel Angel Granados Chapa

Por tratarse de un exprecandidato presidencial, conviene comenzar la obligada reflexión acerca de la renuncia del secretario de Educación Pública por un examen de su posición en el actual gobierno, y exponer las hipótesis que explican su remoción y el nombramiento del doctor Ernesto Zedillo como su reemplazante.

Primero exploremos la cuestión de si se trató de una renuncia o de un despido. Bien se recuerda que un antiguo secretario de Gobernación, Gilberto Valenzuela, dejó su cargo en 1927, explicando con rotundidad al presidente Calles que los ministros no sólo se iban cuando el presidente les perdía la confianza, sino también cuando un secretario pierde confianza en el presidente. Ese fue, sin embargo, un caso insólito, que no se ha repetido demasiadas veces. No parece que eso ocurriera ahora. El hecho de que la Constitución fuera reformada para permitir la enseñanza religiosa en las escuelas privadas difícilmente pudo haber incomodado al secretario Bartlett al punto de considerarlo inadmisibles: él mismo se educó con los maristas, en las instituciones llamadas México, y aproximó al trabajo público a un exmiembro de esa hermandad, el profesor Luis G. Benavides, que preside nada menos que el Consejo Nacional Técnico de la Educación. En tal sentido, la nueva legislación facilitaría la tarea de Bartlett y no al contrario.

Pero no sólo por un desacuerdo pudo haber querido renunciar el secretario de Educación Pública, sino por incomodidad con su entorno político. No era un miembro del círculo más estrecho alrededor del presidente Salinas. Pero no sólo era ajeno, sino que muchos de los integrantes de ese círculo lo vieron desde siempre con desconfianza y distancia. En su calidad de secretario de Gobernación en el gobierno anterior, fue un precandidato fuerte, que basaba parte de sus posibilidades para salir adelante en la rigurosidad de los programas económicos que el secretario de Programación y Presupuesto Carlos Salinas tenía la obligación de idear y aplicar. De allí que, dependientes ambos de la decisión del presidente De la Madrid, la suerte de sus respectivos ramos, y la habilidad de cada quien para inclinar en su favor la voluntad presidencial los pusieron necesariamente en tensión.

Esta se conservó, sin embargo, dentro de límites manejables, y el secretario de Gobernación asimiló el golpe de no ser el escogido. Sin embargo, el desastre económico desatado apenas ocurrió el lanzamiento de Salinas, desencadenó fenómenos políticos inesperados, sobre los que el titular de Bucareli no pudo tener control. El extremo se produjo el 8 de julio, en que ante los primeros sor-

prendentes resultados, se anunció "la caída del sistema", infortunada expresión que le valió a Bartlett ser considerado por el salinismo más extremoso como el culpable de los sobresaltos de la jornada electoral y sus secuelas. No pocos salinistas llegaron a acusar, sin demasiada discreción, al responsable de las elecciones de haber contribuido deliberadamente a enturbiarlas. Esa no era por lo visto la opinión del propio Salinas, pues designó a Bartlett, sorprendentemente, como encargado de la SEP.

La explicación de ese nombramiento nunca será suficientemente completa. El afecto y respeto, y aun gratitud que De la Madrid profesó a Bartlett, aunque sufriera descascaraduras en el camino, probablemente condujo a que Salinas hiciera en la persona de Bartlett un gesto, entre varios, de simpatía a su antecesor. El presidente quiso tal vez innovar en cuanto al tratamiento ofrecido por el sistema a los candidatos perdidosos, ya que todos recibieron ofertas de colocación y todos en algún momento la obtuvieron. Las perspectivas de complicación política que se avizoraban en la SEP, en fin, quizá demandaron de Salinas la decisión de nombrar un político avezado que enfrentara esas complicaciones, y lo encontró en Bartlett, que se convirtió en el sobreviviente del anterior combate político que mayor rango alcanzó en la presente administración.

Era, sin embargo, un solitario, condición en la que es difícil participar en un gobierno. La caída del cacicazgo de Carlos Jonguitud, que afectaba directamente a su secretaría entrañó un proceso que no se planeó ni ejecutó en la SEP, aunque allí debieron cubrirse las consecuencias de ese paso. El programa de modernización educativa, por otra parte, resultó insatisfactorio para no pocos sectores, entre ellos el sindicato magisterial, que si bien reconoció haber sido escuchado, no encontró en los modelos de desempeño y en la prueba operativa las mejores indicaciones de una superación de las condiciones educativas. En torno de ese programa, el resto del gobierno pareció despreocupado, como aparecía también frente al problema de la descentralización, anunciado por el presidente en su Tercer Informe, y para llevar adelante el cual se requería un fuerte apoyo político, que no se le brindó a Bartlett.

Lo más probable, sin embargo, es que el presidente resolviera que el experimento con su antiguo colega y oponente, y ahora colaborador, llegara a su término, a las vistas de las necesidades actuales del sistema educativo, y para ofrecer a Zedillo un escenario más amplio en el que despliegue las características que hasta ahora conocen el propio presidente y un círculo estrecho, pero no han trascendido a la opinión pública.